

LA PSIQUE ES SAGRADA

Misticismo y Kabbalah

Blanca Rosa Domínguez



ÍNDICE

Agradecimientos	7
La Kabbalah	9
Prefacio	11
Introducción	13
1. El hombre arcaico	21
2. El espectro de la conciencia	37
3. El Plan Divino. Camino de unificación	43
4. El trance de la vida diaria	53
5. El ser	63
6. El ego	71
7. El Árbol de la Vida. Imagen del cosmos	79
8. La naturaleza de la psique	95
9. El Árbol de la Psique. Leyes, funciones, dinámicas y niveles de conciencia	109
10. El alma	123
11. Los Misterios de <i>Daat</i> : puerta del conocimiento	129
12. El espíritu: aliento de Dios	133
13. Las prácticas de la Kabbalah	143
14. La voluntad	163
15. El proceso. Etapas de desarrollo psicológico y espiritual	175
16. Las siete etapas del proceso espiritual	187
17. La meta	195
18. Sentido	199
19. Experiencias transpersonales	203
20. Misticismo	213
21. La relación con el Amado	223

Una última reflexión	229
Bibliografía	235
Acerca de la autora	237
Créditos de figuras	239

1. El hombre arcaico

¿Podría ser Dios si solo se le adorara de una sola forma?

Anónimo

Los orígenes de la adoración

La adoración a lo desconocido, en las religiones primitivas, tuvo un origen biológico, un desarrollo evolutivo natural. Los animales más desarrollados pueden tener temores, pero no imaginación, por lo tanto, no tienen religión. Desde tiempos primitivos el hombre ha creado sus religiones a partir de sus temores y su imaginación.

En la evolución de la especie humana, la adoración aparece mucho antes de que la mente del hombre sea capaz de formularla. La adoración primitiva estaba totalmente ligada a los fenómenos naturales y se basaba enteramente en circunstancias asociadas a estos. Sus objetos de adoración consistían en las cosas de la naturaleza que estaban cerca, o que tenían gran influencia en su experiencia primitiva común de una mente simple.

A medida que se desarrolló la adoración por la naturaleza, los conceptos del hombre significaron divisiones y crearon un mundo sobrenatural de espíritus de la naturaleza para los lagos, los árboles, las cascadas, la lluvia y cientos de fenómenos terrestres comunes.

La adoración de los elementos

Desde sus comienzos, la humanidad ha adorado a la tierra, al aire, al agua y al fuego. Las razas primitivas veneraban a los manantiales y adoraban a los ríos. Aun ahora, en Mongolia florece el culto a los ríos. El bautismo se volvió una ceremonia religiosa en Babilonia y los griegos practicaban un baño ritual anual. Era fácil para los antiguos imaginar que los espíritus habitaban en las cascadas, en fuentes profundas, en el fluir de los ríos y en los torrentes impetuosos. Las aguas movedizas impresionaban vívidamente a estas mentes sencillas, con creencias en la animación de los espíritus y de

las potencias supernaturales. A veces ocurría que se le negara socorro a un hombre a punto de ahogarse por temor a ofender al dios del río.

Muchas cosas y numerosos eventos han actuado como estímulos religiosos para diferentes pueblos en distintas épocas. Incluso en el presente, el arcoíris es adorado por muchas de las tribus montaÑeras de India. Tanto en India como en África se le considera una gigantesca serpiente celestial; los hebreos y los cristianos lo consideraban un “arco de promesa”. De la misma manera, las influencias consideradas benéficas en otra parte del mundo pueden ser percibidas malignas. El viento del este es bueno en América del Sur, porque trae lluvias; en India es un diablo porque trae polvo y produce sequía.

Algunas tribus adoraban al fuego como una deidad en sí, otros lo reverenciaban como símbolo flamante del espíritu purificador y de purga de sus deidades veneradas. Las vírgenes vestales tenían el deber de vigilar los fuegos sagrados. Así, en pleno siglo XXI se encienden velas como parte del rito de muchos servicios religiosos.

La adoración del fuego es la acción de rendir culto a este elemento considerándolo sagrado en sí mismo, o bien, representante de alguna divinidad. La veneración al fuego fue el rasgo característico de casi todos los pueblos de la antigüedad junto con el culto al sol, de quien no puede fácilmente disociarse, ya que los dioses solares a veces también lo eran del fuego. En la mayoría de las culturas se registran rituales, leyendas, pinturas y toda clase de escritos y representaciones artísticas.

En el caso del fuego, es fácil suponer los motivos de su adoración. Básicamente, se le rendía culto debido a la fascinación que este provocaba y por su origen desconocido, lo que impactó a casi todos los pueblos primitivos.

Se presume, además, que en los periodos de prolongadas lluvias, en el cual todo el fuego de la aldea se extinguía, a veces durante meses, la persona que lograba devolverlo a la aldea era considerada un héroe. A partir de ese punto, se interpreta que el fuego fue sinónimo de salvación, protección y alimento; de ahí el elaborado culto que se le rindió más tarde.

La adoración de las piedras y las colinas

El primer objeto adorado por el hombre en evolución fue una piedra. Aun en el presente los katerinos del sur de India adoran una piedra, así como lo hacen numerosas tribus en el norte de India. Se dice que Jacob, el de la Biblia, durmió sobre una piedra en la que tuvo un sueño profético y no solo la veneró, sino que llegó a ungirla.

Las piedras impresionaron primero al hombre primitivo porque eran fuera de lo común, debido a la forma en que aparecían tan repentinamente sobre la superficie de un campo cultivado o de un campo de pastura. Los hombres no sabían tomar en cuenta la erosión ni los resultados del arado de la tierra. Las piedras también impresionaban mucho a los pueblos primitivos debido a su frecuente parecido con los animales. La atención del hombre civilizado se detiene ante numerosas formaciones rocosas de las montañas que tanto se asemejan al hocico de un animal o a un rostro humano. Pero la influencia más profunda fue ejercida por las piedras meteoríticas que los humanos primitivos veían entrar en la atmósfera como una grandiosidad llameante. En Bengala muchos aun adoran un meteoro que cayó a la Tierra en 1880.

Todos los clanes y tribus antiguos tenían sus piedras sagradas, y la mayor parte de los pueblos modernos manifiestan cierto grado de veneración por ciertos tipos de piedras, sus alhajas. En India se reverenciaba un grupo de cinco piedras; en Grecia era un racimo de treinta; entre los hombres rojos es generalmente un círculo de piedras. Los romanos siempre arrojaban una piedra al aire cuando invocaban a Júpiter. En India, todavía hasta hoy, una piedra puede ser utilizada como testigo y en algunas regiones la piedra se puede emplear como talismán.

La adoración de las colinas vino después de la adoración de las piedras, y las primeras colinas que fueron veneradas eran grandes formaciones rocosas. Luego se volvió costumbre creer que los dioses habitaban las montañas, de manera que las altas elevaciones de tierra eran adoradas por esta razón adicional. A medida que pasaba el tiempo, ciertas montañas fueron asociadas con ciertos dioses y por consiguiente se volvieron sagradas. Los aborígenes ignorantes y supersticiosos creían que las cuevas llevaban al mundo subterráneo, con sus espíritus y demonios malignos, en contraste con las montañas, que eran identificadas con los conceptos de desarrollo más reciente de los espíritus y las deidades buenos.

La adoración de las plantas y de los árboles

Las plantas primero fueron temidas y posteriormente adoradas debido a los licores intoxicantes que de ellas se derivaban. El hombre primitivo creía que la intoxicación lo volvía a uno divino. Se suponía que había algo de especial y sagrado en tal experiencia. En los tiempos modernos las bebidas alcohólicas se conocen con el nombre de *bebidas espirituosas* y a las drogas alucinógenas se les llama *sacramentos*.

2. El espectro de la conciencia

Cuando el Ser Sacrosanto que creó el Universo quiso revelar su aspecto oculto, la luz entre las tinieblas mostró cómo las cosas estaban interconectadas. Así, de las tinieblas procede la luz, y de lo oculto procede lo revelado. De la misma manera el bien surge del mal y la misericordia de la justicia, ya que ambas están entrelazadas.

Zohar, España, siglo XIII

La sabiduría de la Kabbalah comienza antes del origen de todo. Antes de la luz y de la oscuridad, antes de la materia o los elementos, cuando el tiempo y el espacio no existían. Solo había Luz de la Conciencia, una energía pura que contiene todas las posibilidades. Esta energía no se destruye y, por lo tanto, es eterna. Es la que se emanó para crear, formar y hacer el Universo, a lo que los científicos llamaron *singularidad* y los Kabbalistas le llamaron *En Soph*, un mundo sin límites.

La ciencia demostraría cómo fue la gran explosión que dio origen al cuarto mundo, *Assiyah*, el universo físico, aproximadamente hace 13 700 millones de años. Los científicos descubrieron cómo fue, pero lo que nunca han podido responder es por qué, para qué y cómo esta explosión de Luz consciente dio vida al Universo.

Todo es energía, dejó claro la ciencia cuántica. La energía de pronto se transformó en Universo. Todo es Conciencia —lo ha dicho siempre la Kabbalah—, todo es energía y fuerza infinita, es dicha, es plenitud absoluta, es luz, es amor, es la causa de todas las causas y de todos los efectos. Pero, ante todo, esa energía es consciente. Es conciencia, la conciencia que generó el mundo. La conciencia es el origen de todo, no es algo que surge de manera aislada en cada ser humano, es nuestro origen y por eso impregna cada partícula de nuestra existencia. A ese misterio que es energía consciente, amor y fuente de todo, los humanos le llamamos Dios.

Dios es la Conciencia de la dicha y de la plenitud, del amor total, de la Luz infinita de su maravilloso misterio. Es el amor inconmensurable e infinito que quiere compartirse; por eso crea a un ser, la humanidad, un ser

capaz de recibir Su amor ilimitado. La Conciencia crea pensando. Todo el Universo y lo que hay en él es un pensamiento de Dios.

El mundo es el sueño amoroso del Creador, y cada ser humano es la conciencia individualizada de Dios y, por lo tanto, somos la diversidad de la Conciencia Una de Dios. Somos el proceso de Dios reconociéndose en toda su infinitud, el amor reconociendo al amor. Cada humano no es otra cosa que la Conciencia Divina que se reconoce a sí misma.

El mito de la expulsión del paraíso, por haber comido del fruto del Árbol de la conciencia del bien y de mal, no es más que un exilio existencial, una separación de la totalidad de la conciencia de Dios. Sin embargo, debido a nuestra ignorancia, a nuestras estructuras mentales y a nuestros condicionamientos, olvidamos nuestra verdadera esencia. La separación es la ruptura con la unidad original, eso lo han sabido siempre los kabbalistas. Olvidamos e ignoramos que cada humano es una chispa de esa energía consciente llamada Dios, una Conciencia que se percibe a sí misma a través de cada uno de nosotros. Este olvido nos separa del resto de los demás seres creados, de la existencia y del eterno proceso amoroso llamado *Dios*. Pero, como cada ser humano es una experiencia de lo Divino, esa separación primaria tiene que suceder para que tomemos conciencia de quiénes somos como individuos para poder experimentar, individualmente, cada uno de los Mundos de la Creación.

Dios es la conciencia que da y crea, una conciencia diversificada que recibe. Esa conciencia somos todos los seres que habitan los universos visibles e invisibles. Pero, de los seres creados, solo el ser humano tiene conciencia de sí, *conciencia de estar consciente* y el único ser a quien se le otorgó la posibilidad de transitar por todos los Mundos de la Creación, así como un libre albedrío que le da la capacidad de escoger.

La paradoja es que primero debemos separarnos de la unidad y reconocernos como un ser individual. Y es que el ser, la esencia de quienes verdaderamente somos, cada vez que encarna, tiene que hacer conciencia del mundo físico, del lugar y del momento histórico en el que nace y crear una persona, una imagen que se distorsiona y llena de condicionamientos. Eso es lo que nos separa de la Unidad de la Conciencia de todo lo que Es.

Sin embargo, de la conciencia de nuestra separación nace el deseo de volver a unirnos con nuestra fuente, es una necesidad que todos los seres humanos traemos como algo innato en nuestra naturaleza. Los psicólogos junguianos le llaman la *función religiosa de la mente* y los científicos modernos comienzan a llamarle *el gen de Dios*.

3. El Plan Divino *Camino de unificación*

Desde el principio de los Tiempos, y por más de una eternidad,
Yo estaba entre Sus tesoros ocultos. De la nada El me sacó, pero al final
de los Tiempos seré llamado de nuevo por el rey.
Rabino Nahmánides, España siglo XIII

La vida es un viaje lleno de experiencias en el cual cada quien tendrá que
darse cuenta en algún momento, quién es y cuál es su lugar en el Plan Divino.
Blanca Rosa Domínguez

Entre el Cielo y la Tierra se extiende Adán, es decir, la humanidad encar-
nada que se encuentra en un constante y permanente proceso de evolu-
ción para poder alcanzar, por medio de su experiencia, el estado último de
autorrealización.

Como humanos, para poder vislumbrar de qué podría tratarse el Plan
Divino tendríamos que comenzar por entender quiénes somos. Es cuando
sabemos quiénes somos que podemos comprender que nuestra existencia,
como humanidad, tiene un propósito definido.

La Kabbalah nos enseña que, antes de existiera la Existencia, ya estába-
mos en la mente de Dios.

Todo comienza cuando la Voluntad de Lo Absoluto se manifiesta en el
Mundo de las Emanaciones. Su deseo de SER se expresa con la siguiente
propuesta: Eheyeh, Yawé, Elohim.

Eheyeh quiere decir “Yo Soy”. Yawé no es un nombre, sino un verbo
en acción eterna que significa “Estoy Siendo o llegaré a ser”. Elohim quie-
re decir “Muchos dioses”. “YO ESTOY SIENDO MUCHOS DIOSSES”.

La Voluntad de Lo Absoluto podría entenderse como: “EN EL ETERNO
PRESENTE ESTOY SIENDO EN LA DIVERSIDAD DE CADA UNA DE MIS CREATURAS.”

Esta es, según la Kabbalah, la razón de nuestra existencia y el Plan
Divino a seguir, es decir, el significado de nuestra existencia individual.
Nacemos para llegar a ser, como un individuo consciente, una expresión
realizada de la Voluntad de Lo Absoluto.

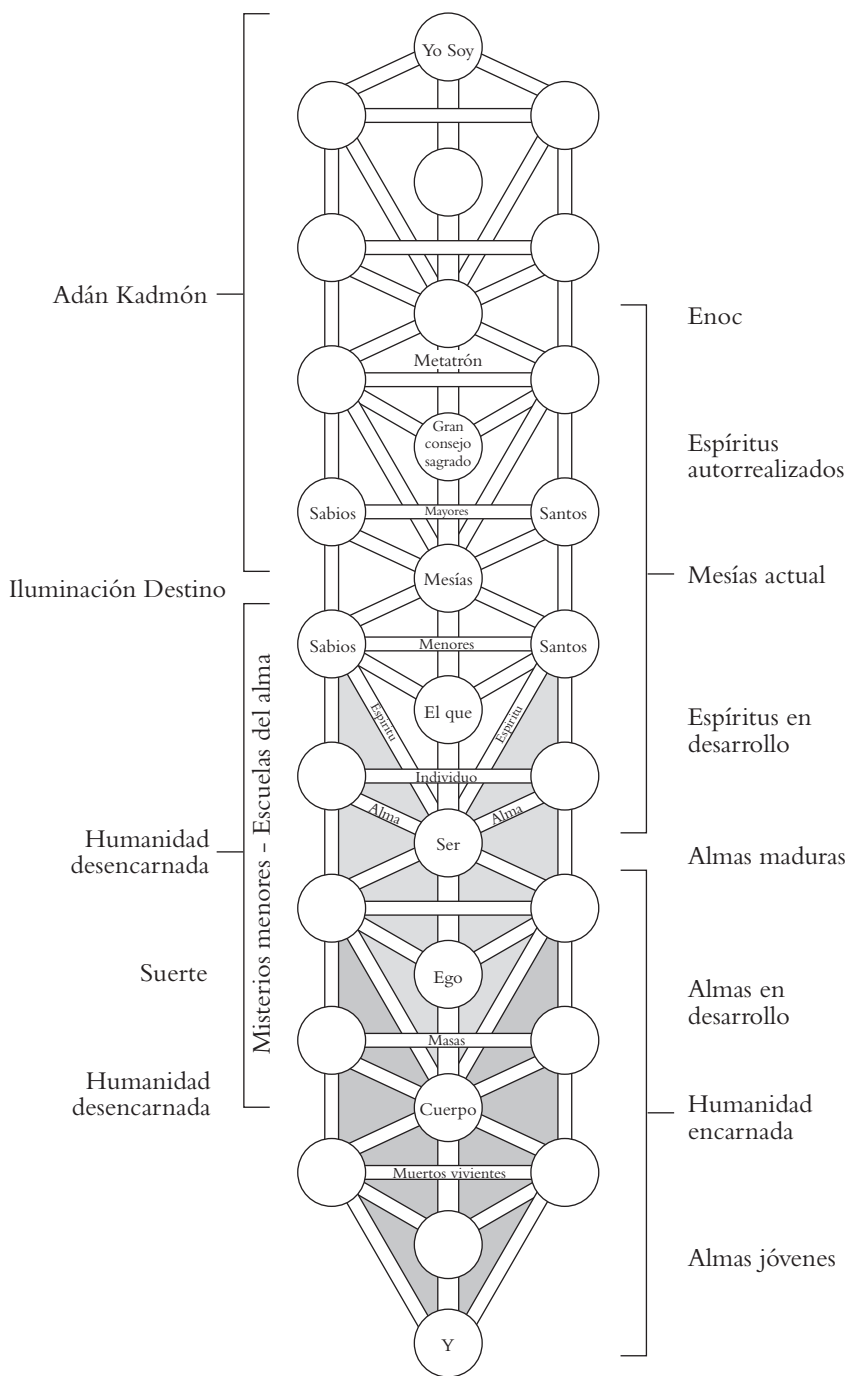


Figura 5. Ascenso general de la humanidad.

◀ **Figura 5. Ascenso general de la humanidad.** En este punto de la historia la mayoría de la humanidad todavía se encuentra en el subdesarrollo, y el mundo constituye una guardería para esas almas jóvenes. Los líderes de cualquier sociedad casi siempre son personas en el nivel animal, mientras que quienes buscan ser humanos plenos son clasificados de acuerdo con su nivel, y son la punta de la lanza de la humanidad encarnada.

La gran mayoría de las personas que está ahora en la Tierra son almas jóvenes; los líderes, en cualquier campo, son almas un poco más viejas. Los ancianos con más experiencia son los maestros menores. Es usual que los Maestros más avanzados no sostengan posiciones mundanas. Por encima está el Mesías de esa época. Por lo general, el Mesías de cada época está oculto para su propia protección. Él o Ella se coordina con los santos superiores, los sabios y los místicos para cuidar la evolución de la humanidad. Los muertos vivientes son aquellos que han suprimido su conciencia o destruido su elección para lograr un desarrollo en la actual encarnación.

La Providencia opera en varios niveles; el más bajo es el sino general de la masa de la humanidad. La naturaleza proporciona la mayoría de sus necesidades; en tanto que las personas en el nivel animal y quienes son líderes, aprovechan las oportunidades que la historia coloca en su camino. A los individuos que hacen un trabajo del alma se les dan oportunidades que otras personas nunca podrán para desarrollarse de manera interna y así llevar a cabo su sino al máximo. Es inevitable que, con el tiempo, aquellos que realizan un trabajo del alma y espíritu se elevarán a un estado superior y, seguramente, así será a lo largo de varias vidas. Hombres y mujeres de destino son aquellos individuos que entienden y ayudan al proceso de la evolución humana.

El Plan Divino es el llamado, la invitación que la Divinidad nos hace, a cada quien, en particular, a colaborar y a participar en la autorrealización de su imagen a través de la experiencia consciente de cada uno de nosotros. Es el llamado que Dios nos hace para completarse a Sí mismo en Su totalidad. Es para esto que fuimos “llamados, creados, formados y hechos” (Isaías 43:7).

Somos una chispa de la conciencia del Todo, nuestro ser, nuestra esencia está hecha a su imagen, con las mismas leyes que rigen todo lo que Es y todo lo que Existe.

Como pueden imaginar, poder comprender esto implica tiempo, paciencia, convicción y compromiso, pero, sobre todo, es el deseo de estar con el Amado para llevar a cabo esta misión. La Búsqueda del Amado es responder a este llamado con lo mejor que puedo ser y con dar lo mejor de mí mismo para la realización y el completamiento de la imagen de Dios. No solo es ser la imagen de Dios, sino lograr la comprensión total de lo que significa volverse semejante a Su Divinidad.

Dice la Kabbalah que para esto se requieren varios viajes o varias encarnaciones. El primer viaje es aquel en el que encarnamos por primera

4. El trance de la vida diaria

“Y Dios creó al hombre a su imagen”. Es esa imagen la que nos recibe en primera instancia cuando venimos a este Mundo, se desarrolla con nosotros mientras crecemos y nos acompaña cuando dejamos la Tierra. Su origen está en el cielo.

Zohar, España, siglo XIII

Antes de que algo pueda transformarse, debe llegar al nivel de la Nada.

Maggid de Mezerich

Desde el momento en el que somos concebidos hasta el instante en que morimos, el flujo constante de la vida nos conduce a través de una serie interminable de cambios. Podríamos decir que la esencia misma de la vida es el cambio o la transición. Sin embargo, el cambio, aunque sea por nuestro bien, no siempre es bienvenido o fácil de enfrentar. Podemos ansiar un cambio, pero cuando este llega, a menudo entramos en pánico y deseamos regresar a como eran las cosas antes.

Parte del reto del cambio es que, con cada transición importante, es inevitable pasar por un periodo de oscuridad y duda, un umbral, un espacio intermedio donde ya no somos quienes fuimos, pero aún no somos quienes seremos. Al mismo tiempo, tenemos que enfrentar el miedo a lo desconocido y lamentar nuestras pérdidas. Esos tiempos intermedios o de transición, entre lo que hemos dejado de ser y lo que aún no hemos llegado a ser, pueden convertirse en aterradores y estresantes, en especial para las personas que no tienen alguna referencia espiritual para lidiar con la incertidumbre.

La mayoría de las culturas antiguas honraban dichos intervalos como algo sagrado. Marcaban las transiciones como un tiempo para “retirarse” del mundo exterior, del “no hacer”, para poder regresar a la matriz del “convertirse”. Aquellas sociedades daban apoyo a los miembros que estaban atravesando esos tiempos vulnerables. Por desgracia, la sociedad moderna difícilmente reconoce tales necesidades. Se espera que sigamos funcionando en el mundo del trabajo a pesar de cualquier transición interna o

externa por la que atravesemos. A veces tenemos que improvisar nuestros propios rituales de pasaje personales sin el apoyo de la comunidad.

Generalmente las personas que no se toman un tiempo de descanso, una *time-out* durante transiciones importantes, caen enfermos o tienen algún accidente, por lo que se ven forzados a retirarse de su vida cotidiana. Esa enfermedad o accidente les proporciona un tipo alternativo de “rito de pasaje”.

Así como la creación comenzó con un acto de retiro divino, o *Tsimtsum*, todos los ritos de transición empiezan con el retiro de lo cotidiano. Algunos “iniciados” se retiran a una cabaña sagrada en algún lugar alejado de la vida tribal. Entonces, pueden dejar de identificarse con su vida anterior y permitir la muerte del viejo ser. Durante este tiempo de *Tsimtsum*, se crea el vacío, o matriz del devenir, dentro de la cual pueden surgir nuevas dimensiones del ser.

Es en esa etapa donde la mayoría nos atoramos. No nos permitimos soltar nuestra vieja identidad antes de tener la certeza de lo que nos espera. Nos da miedo enfrentar el abismo de lo desconocido, parte ineludible del periodo intermedio de las transiciones. Cuando evadimos el “vacío” es posible que acabemos sintiéndonos vacíos y deprimidos, o desarrollemos una serie de síntomas como resultado del atolladero. Pero, finalmente, esos mismos síntomas sirven como cura, ya que nos dan el empujón que necesitamos para vencer la resistencia al cambio.

Podemos ser creaturas de hábitos, pero cuando percibimos el cambio en el mundo que nos rodea, recordamos la Mano Divina que mueve la realidad. El cambio y la transición tienen el poder de sacarnos de nuestro sueño habitual y del confort. A pesar de que parece que los adultos pueden lidiar con el mundo en términos de una forma concreta y práctica, plenamente ocupados en los asuntos que tienen a la mano, la verdad es que la mayoría del tiempo lo pasan en lo abstracto, afectados por pensamientos confusos, fantasías y preocupaciones o por lo que pudiera suceder. Podríamos decir que *vivir en trance* es una especie de atención, más o menos consciente, de la forma como vivimos la mayor parte de nuestra vida.

Cuando de pronto hacemos un cambio, cuando nos enfocamos en el momento presente, hacia una atención completa y vivencial del mundo, el contraste es tan grande que podría describirse como un “despertar”.

Uno de los beneficios de tomar conciencia de que vivimos en este estado de inconciencia automatizada es que podríamos detectarlo con mayor facilidad cuando comenzamos a operar desde el nivel del ser. De otro modo seguiremos preocupados con todas nuestras imaginaciones y confi-

gados a un estado de atención muy estrecha de un pequeño segmento de nuestra realidad.

En la medida en que comenzamos a operar desde el centro de la esencia de nuestro ser, todos nuestros otros “seres” que se encuentran en la periferia podrán ser imparcialmente observados. Nos damos cuenta de que nuestras fantasías, nuestros miedos, nuestra sensación de extinción, acompañados de ansiedad y depresión, provienen de la dependencia de nuestros primeros aprendizajes, en la cual, como niños, nos sentíamos vulnerables ante las poderosas figuras de nuestros padres, de quienes dependíamos para que nos dieran atención y nos nutrieran.

Para confirmar nuestra seguridad, en nuestra mente creamos una serie de programaciones, creencias y condicionamientos; vivimos en una especie de drama que se encuentra en lo profundo de nuestro inconsciente, un poder escondido que le da forma y crea ese el trance en el que vivimos la mayor parte de nuestra vida.

La palabra *trance* se refiere a un comportamiento que nos hace actuar en una especie de estado hipnótico, que no responde con normalidad a la realidad, ya que nuestra atención se ve restringida fijando un comportamiento más o menos automático, el cual se apodera de nuestro verdadero nivel de mando, una especie de ensueño y preocupación creado por un estado de conciencia muy limitado.

Esta influencia, dentro del marco de referencia que tenemos de nuestro exterior como nuestra área geográfica, cultura y rol social, nos define, creando una especie de hipnosis en nuestra vida de todos los días.

Varios factores contribuyen a este estado hipnótico, como no haber desarrollado nuestro centro de atención consciente, capacidad que solo tenemos cuando vivimos desde la esencia de nuestro ser, mismo que interpreta y les da un enfoque central y un sentido a nuestras experiencias.

Cuando no hemos establecido nuestro centro de operación desde la observación del ser se produce este estado de trance, una especie de realidad no funcional, la cual se asocia con la falta de sentido de existencia, lo que nos induce a recurrir a todo tipo de adicciones y afecta nuestro poder de ser creativos y el desarrollo de nuestro potencial.

Otro factor es el rol social que hemos adquirido debido a nuestra cultura. Una especie de complacencia inconsciente que dirige nuestro comportamiento. Existe una aparente relación entre el rol que ejercemos y el rol que muchas veces nos mantiene hipnotizados. Actuamos “como si” nuestros padres y nuestra cultura explícita e implícitamente nos dijeran

5. El ser

El Ser es la energía creativa y el propósito de nuestro Creador de manifestarse a través de cada uno de nosotros, por eso vivir desde el Ser haciendo de este nivel de conciencia nuestro centro de operación, es vivir de acuerdo con la Voluntad Divina.

Z'ev ben Shimon Halevi

En el capítulo anterior me referí constantemente a la importancia de vivir a nivel de la conciencia de ser. Pero, ¿qué es el ser? El capítulo del Plan Divino comienza con: “Antes de que existiera la Existencia, antes de que existiera la Creación ya estábamos en la mente de Dios”.

El *ser* es esa chispa divina concebida antes de que tuviera lugar la manifestación del Creador en el espejo de la Existencia. A esta chispa que somos le fueron otorgados nos solo los Atributos propios de la Divinidad, sino también un vehículo espiritual, un vehículo psicológico y un cuerpo físico para que pudiera actuar y aprender en el mundo de la acción a través de sus varias encarnaciones para terminar su misión, habiendo integrado así, por medio de su experiencia y en plena conciencia, el conocimiento de la razón para la cual fue creado.

Su capacidad de aprendizaje y de formación se encuentra en el alma: el órgano psicológico, mismo que acompaña al ser a través de vidas, que almacena sus memorias y metaboliza cada experiencia durante su recorrido a lo largo de su destino, para que el ser cumpla con su propósito: convertirse en la imagen perfecta que refleje a su Creador y volver a la fuente que lo creó.

Así como anteriormente la mitología y la teología se mostraban como contenedores de estos aspectos, ahora tenemos que ver esta cuestión desde el punto de vista psicológico. Tanto en la teoría analítica de Carl Gustav Jung como en la Kabbalah de la escuela de Halevi, a esta chispa Divina, centro de nuestra observación y aprendizaje, se le ha dado el nombre de *ser*.

El término *ser* se refiere a un dominio de la psique que abarca todos los aspectos y asociaciones de la complejidad del *ego* o de nuestra persona, la

imagen que hemos creado de nosotros. Su ámbito y alcance de referencia es más extenso que la suma de todos los niveles y aspectos conscientes e inconscientes de la psique que se encuentran bajo su tutela. Su complejidad abarca todas las polaridades y tensiones de la psique, no solo aquellos aspectos del consciente personal, las asociaciones del *ego*, sino de nuestro inconsciente individual que se refiere a las experiencias que hemos tenido como individuos y al inconsciente colectivo; esos son los conceptos y las ideas que tenemos como humanidad.

Como un todo, el ser es el responsable del sustento y la unidad de la psique, podría verse como la conciencia de uno mismo, la capacidad de *ser consciente de estar consciente*, una identidad, un sentido de ser y la experiencia total de la realidad psíquica. Y lo más importante: el *ser* es la llave para abrir la puerta hacia la trascendencia y la espiritualidad.

El *ser* es un puente más allá de los abismos de la personalidad. Es lo que somos con todo lo que conocemos de nosotros, unido a lo que sospechamos que somos y lo que somos cuando se nos ha despojado de todo. El *ser* es la fuente de la vida psíquica y por lo tanto la insoldable reserva de la experiencia religiosa. El *ser* es lo que somos más allá de lo que suscitan nuestras identidades, identificaciones, subpersonalidades, moral, cultura y momento histórico.

El ser observador

El ser observador tiene varios dominios de experiencia: pensamiento, emoción, capacidad funcional y centro de observación. Esto nos ayuda a discernir nuestra localidad en el espacio y nuestra identidad psicológica única.

Es interesante que muchas de las técnicas en la psicología moderna no reconozcan al *ser* como un centro observador, como la parte más importante de la estructura de la psique. Un centro dentro de la totalidad de la conciencia que tiene la estructura de la mente que se ocupa de observar, coordinar equilibrar y conducir al sujeto hasta la realidad última de su *completamiento*. Esto crea confusión e impide un progreso en la terapia, ya que cada una de las terapias se ocupa de un área en particular de la experiencia, sin tomar en cuenta al *ser* como el centro de una totalidad. A este centro le llamaremos *el ser observador*, ya que es quien nos permite tener conciencia de nuestra naturaleza como humanos, así como de una visión más amplia del universo en el que existimos.